



4

Recogido en "De esto y de aquello", tomo I

Me he puesto a releer las obras de aquel formidable español que fué mi infortunado y querido amigo Angel Ganivet, a la luz de cuya violenta muerte adquieren todo su sentido los más intensos pasajes de sus escritos en general tan diluidos. Porque Ganivet hablaba demasiado escribiendo, ya que tan poco hablaba de hecho—al menos cuando lo conocí y traté,—y se dejaba llevar, como tantos españoles habladores por escrito, que no son escritores, del deleite de hacer párrafos fluidos.

¡Y qué español, o mejor dicho, qué herberisco era aquel hombre que de sangre francesa, provenzal o catalana acaso, nació en la morisca Granada! Todos sus viajes por el Norte de Europa y su larga estancia en ella no le desherberizaron. Al contrario. La poderosa dialéctica de su espíritu atormentado, se revolvía en derrador de sus raíces espirituales españolas. Y como Costa habiendo aparecido cual un europeizante, fué uno de los más irreductibles españoles en lo que de más exclusiva y excluyente tiene la españolidad.

¡Y luego dirán que somos nosotros, los vascos, los más irreductibles iberos! Para otra vez dejo volver a comentar no ya la internacionalidad, mas la universalidad de nuestro Íñigo de Loyola. Porque más universal, en fuerza de ser individual y personal, que el vasco...

Vuelvo a Ganivet, a quien estoy rele- yendo y recordando, al releerlo, aquellos nuestros paseos por Madrid, el año-rando su Granada y yo mi Bilbao.

Releo "Los trabajos del infatigable creador Pío Cid" y aquello de que: "nadie es capaz de penetrar en el pensamiento ajeno y bien podría suceder que el que vive sin ideas fijas o dejándose llevar de impulsos contradictorios, tuviera dentro de sí un ideal muy alto y permanente. ¿Cómo se concibe que un hombre irreligioso trabaje en pro de la religión unas veces y otras en contra de ella, y que ese hombre no se mueva sin rumbo fijo, sino que sea tan firme e incommovible como el árbol muerto, que muerto sigue clavado en tierra, mientras algunas de sus raíces están quizá echando retoños? Esto ocurre porque la muerte es fecunda y crea la vida, aunque sea sólo para entretenerse con ella; y un hombre que llevase la muerte absoluta dentro de su espíritu, y que se viera obligado a trabajar, sería un creador portentoso, porque no teniendo ya ideas de vida, que siempre son pequeñas y miserables, crearía con ideas de muerte, que son más amplias y nobles."

Autob.





¡Crear con ideas de muerte! ¡Qué terriblemente berberisco es esto! ¡Y qué terrible la amplitud y la nobleza de las ideas de muerte! Con esas ideas se suicidó en Riga, entre Alemania y Rusia, Ganivet, y con ellas acabaría por suicidarse su patria. Y al fin Ganivet se quitó la vida, arrojándose al mar, por "el amor que viene del corazón, y que lo ama todo, y aun falta realidad para satisfacerlo." ¡Le faltó realidad para satisfacer a su corazón que lo amaba todo! Y su patria, ¿qué es lo que ama?

¡Pobre Ganivet! "¡Qué pedazo de mujer!", murmuraba entre dientes Pío Cid siguiendo con los ojos a su Martina, a la que al ver por vez primera, de más cara, se dijo para sí: "¡Esos ojos sí que son la mar!" Y en la mar, en el seno de la mar, en el seno del Báltico, que es todo un pedazo de mar, fué a perderse el pobre Ganivet. ¡A perderse o a ganarse? ¡Quién lo sabe...! Pío Cid no buscaba la felicidad. "No le doy importancia"—decía de ella,—"es una forma de la vida, pero no es la vida." ¿Y qué es la vida? ¿Llegó a saberlo Pío Cid? ¿Lo vislumbró siquiera cuando le envolvía el seno frío de aquel pedazo de mar que es el Báltico?

"Una de las más notables cualidades de Pío Cid"—nos dice Ganivet—"era el saber distinguir al primer golpe de vista el lado bueno de las cosas; su pesimismo era tan hondo, que le obligaba a buscar un agarradero por donde cogérlas; y así, despreciándolas todas por malas, sabía amarrarlas todas por lo poco bueno que tuvieron."

¡Cuán distinto este pesimismo de Pío Cid de lo que llaman así, pesimismo, con un término casi siempre mal entendido y peor aplicado, los profesionales del optimismo patrioterol!

Pues bien, oigamos las terribles ideas que sobre la política exterior o internacional de España abrigaba este berberisco, pesimista, creador con ideas de muerte y a cuyo amor no había realidad que satisficiera.

"¿Será usted capaz de sostener que nuestra política exterior es inmejorable?"—preguntó a su contradictor dando un puñetazo en la mesa.

"—Es inmejorable porque no existe—contestó Pío Cid.

"—¡Acabáramos!—exclamó Gandaria.

"—Pero no se precipite usted—continuó Pío Cid;—no existe, ni debe existir, hasta que nazcan en España seres racionales que comprendan lo que conviene hacer. Mientras este día llega, el mejor partido es no hacer nada, y para





no hacer nada no es posible encontrar, ni buscándolas con un candit, personas tan diestras y hábiles como las que ahora tenemos al frente de nuestros negocios, que deberían llamarse no-negocios."

No es posible expresar con mayor precisión el fundamento político de lo que ahora se llama neutralidad. Como en nuestra política no hay aún seres racionales que comprendan lo que conviene hacer, o mejor dicho, como en ella dominan y dan el tono las no-personas,

los políticos inexistentes, es natural que cultiven los no-negocios. O sea los ocios. Por que "negocio" es no-ocio, y no-negocio será no-no-ocio, o sea ocio.

Y poco después dice Pío Cid:

"Pero ahora, hablando seriamente, yo le digo a usted que hay que trabajar para que España se levante, y que hasta que se levante no hay medio de hacerla andar en ningún sentido. Por esto la diplomacia es la última que debe aquí entrar en fuego, y por ahora nada bueno se podría sacar metiéndose en historias, como no fuera que nos moliesen a palos como a Don Quijote los yan-güeses."

Es muy cierto que no hay medio de hacerle andar a nadie en ningún sentido mientras, estando echado, no se levante, como lo primero que necesita una paloma para orientarse es elevarse a altura desde donde puede avizorar los horizontes. ¡Antes de orientarse, elevarse, sí! ¿Pero y si mientras la paloma se eleva para orientarse le pegan un tiro? Mas en todo caso, sí, lo primero adquirir conciencia colectiva, crear opinión pública. ¿Pero es ello posible sin implicarle a un país en una política internacional bien definida? He aquí un terrible círculo vicioso.

"Yo he conocido"—prosigue Pío Cid—"a muy pocos diplomáticos españoles, y alguno de ellos ni siquiera conocía los límites geográficos del país en que representaba a España; pero éste, más que los otros, tenía un orgullo a prueba de bomba; y como quiera que lo único que hoy tenemos en España es ignorancia y orgullo, no se puede pedir más perfecta representación de lo que somos. Ese orgullo es bueno; algún día vendrá el saber y todo se andará."



Pío Cid sobre la neutralidad _____ 4



No, el orgullo que acompaña a la ignorancia, el orgullo de antes de saber, que es el orgullo de no querer saber, de no querer aprender, de no querer enterarse, por miedo las más de las veces de que aprendiendo el orgullo se derrumbe o cambie en despecho, ese orgullo no es bueno.

Y prosiguió Pío Cid:

“Nosotros no conocemos más que dos orgullos: el aristocrático y el militar. El día que tengamos el orgullo intelectual, podremos aspirar a algo. Yo soy quizás el único español que tiene ese orgullo, pero pronto nacerán centenares que lo tengan, y usted debía también afiliarse a mi bando, y puesto que posee bienes de fortuna, dejarse de diplomacias y trabajar para ser el primer poeta de España.”

¡Pobre Pío Cid! ¡Y qué de desilusiones le ahogó el pedazo de mar que es el Báltico! Entre ellas la de que vendrían centenares de españoles con orgullo intelectual. ¿Quién se enorgullece aquí de la inteligencia? ¡Pero si hasta ha llegado a ser, sobre todo en boca de los trogloditas y los beocios, un mote infamante el de “intelectual”! Y en cambio, hay quien se enorgullece de ser bruto e incon vencible. Cuantas veces no hemos oído decir: “no, no se canse usted más que perderá el tiempo; a mí no puede usted convencerme; yo no quiero dejarme convencer.” El famoso pundonor de los hidalgos se ha convertido para muchos en el puntillo de no dejarse convencer. Y a veces ni quieren oír. Andan las gentes por esas calles de Dios o de quien fueren tapándose las orejas con las manos, y con las manos cerradas, a que llamaba puños nuestro castizo Pero Grullo, pontífice del sentido común. Con éste, con el sentido común, les basta; no necesitan sentido propio alguno. Cada cual se atiene al periódico diario que ha escogido y que, por sacarle los cuartos llevándole el humor, le breza en el orgullo de su ignorancia y le dice y repite lo mismo que no piensa.

¡Orgullo intelectual! ¡Pobre Pío Cid! ¡Orgullo intelectual en este páramo de neutros neutrales! Los pocos que han sentido ese orgullo, como él, Pío Cid,



Pío Cid sobre la neutralidad -- y — 5



cómo Costa, o se han tenido que arrojar al mar de cabeza o han muerto reventándoles el corazón de pena y de asco.

Por otra parte, el orgullo aristocrático y el militar no debían excluir el intelectual. Es más, debían ser orgullo de inteligencia aristocrática, de comprensión de lo que la aristocracia es y de su función social, y orgullo de inteligencia militar. Pero observamos que estos dos orgullos no crecen a medida que la nobleza o la oficialidad del ejército se instruyen, sino todo lo contrario. Yo no sé si nuestra nobleza es muy orgullosa, más bien creo que no lo es, pero holgazana e inútil y parasitaria como pocas. Ni creo que nuestro ejército peque demasiado por orgullo, pero hay que reconocer que tiene bien poco de que enorgullecerse. Otro creo más bien que sea el pecado capital que les correa. Pero de todos modos si alguna vez parten de alguna parte de nuestro ejército insolencias contra la civilidad, no será ciertamente de la parte más inteligente de él. Será más bien un retozo de ininteligencia, de trogloditismo, de beocia y hasta de misología, de odio a la intelectualidad.

Como Pío Cid vivió tanto tiempo fuera de su patria y cuando aquí vivía muy encerrado en sí, no llegó a percatarse toda la extensión que entre nosotros ha cobrado esa plaga de la misología, del odio a la intelectualidad y a la inteligencia. Y es ella, es la misología, el origen de nuestra cobardía espiritual, y lo es de nuestra neutralidad a todo trance y a toda costa. El romperla, el aliarnos de veras con pueblos civiles europeos nos obligaría a discurrir, a pensar racionalmente, a proponernos problemas hoy nefandos o prohibidos, y todo antes que esto!

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S